

I EL POPULISMO INTERRUPTO. 70° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JORGE ELIÉCER GAITÁN

I POPULISM INTERRUPTED. 70TH ANNIVERSARY OF THE DEATH OF JORGE ELIÉCER GAITÁN

THOMAS FISCHER / HERBERT BRAUN / DANIEL PÉCAUT / ESTEBAN MORERA

A 70 AÑOS DEL ASESINATO DE JORGE ELIÉCER GAITÁN

“Colombia es un país sin memoria”: esta es una frase que se escucha y se lee con frecuencia en los análisis científicos sobre este país. Lo cierto es que la política de memoria e historia, los itinerarios y los manuales escolares, así como la pedagogía de la historia son vehículos muy deficientes para evitar la amnesia colectiva en Colombia. También es cierto que la parte del cerebro que trabaja el pasado no solamente consiste en lagunas. Por ejemplo, gran parte de los colombianos recuerdan el 5-0 de la su selección nacional de fútbol contra Argentina en Buenos Aires, en 1993, durante la clasificación para la Copa Mundial. Asimismo, se recuerdan los asesinatos de candidatos presidenciales, entre ellos Luis Carlos Galán (1989), Carlos Pizarro (1990) y Bernardo Jaramillo Ossa (1990). Pero sin duda el más famoso es el de Jorge Eliécer Gaitán. No son pocos los colombianos que piensan que la historia de este país se hubiera podido desarrollar de manera diferente si no hubiese sido asesinado. Así también lo veía Herbert Braun, tal vez el gaitanólogo más respetado y uno de los autores de este “Foro de debate”, cuando se cumplieron 50 años de la muerte de Gaitán en 1998 y publicó en el periódico *Semana* lo siguiente:

Lo que no podemos dudar es que el caudillo civilista de ese 7 de febrero [cuando convocó sus seguidores a una manifestación por la paz] habría tenido el apoyo popular para poder escoger el futuro del país en 1954. La segunda mitad del siglo habría sido una historia de multitudes, multitudes electorales o plebiscitarias. Me inclino a pensar que hubieran sido electorales. Vivo Gaitán, hubiéramos tenido una vida ciudadana menos anárquica. No nos habríamos desangrado en esas escaramuzas sin fin en una vereda tras otra, año tras año.

Veinte años más tarde, muchos siguen pensando que la historia hubiera podido tomar un rumbo diferente si la vida de este protagonista de la política colombiana no hubiera terminado de manera violenta. Gaitán fue abogado egresado de la Universidad Nacional con especialización en Derecho en la Real Universidad de Roma de la Italia de Mussolini (1926-1928). Cuando lo mataron en la carrera 7ª con la calle 14 el 9 de abril de 1948, en el centro de la capital colombiana, este bogotano tenía 45 años. La gente le conocía porque fue miembro de la Cámara de Representantes entre 1929 y 1931. Allí, se hizo famoso por denunciar la masacre cometida en el año de 1928 por los mi-

litares bajo el mando del general Cortés Vargas en la huelga de las bananeras de la United Fruit Company, en Ciénaga, cerca de Santa Marta. Puntualizó que el mismo gobierno conservador tenía que asumir la responsabilidad de haber usado instrumentos violentos en contra de ciudadanos colombianos. De esta manera entró “el pueblo” como portador de derechos civiles en el Congreso. El gobierno lo tildó de traidor en favor de la multinacional estadounidense. El Parlamento fue la arena donde pronunció sus ideas, el brillante manejo del lenguaje (que despertaba asociaciones y emociones) y el conocimiento de las leyes, sus armas.

Gaitán fue presidente de la Cámara de Representantes entre 1931 y 1932 y alcalde de Bogotá entre 1936 y 1937. A nivel nacional se desempeñó como ministro de Educación (1940-1941) y ministro de Trabajo, Higiene y Previsión Social (1943-1944). Promovió una campaña de alfabetización, el zapato gratuito y los restaurantes escolares. En 1946 fue candidato presidencial liberal disidente y, un año más tarde, jefe del partido liberal que iba ser candidato oficial para las elecciones presidenciales siguientes. Ninguno de los otros políticos logró movilizar tanta gente para sus manifestaciones y marchas como este orador. El pueblo se sintió representado en su discurso antioligárquico.

Cansado de la defensa legal de un teniente conservador, al mediodía del 9 de abril 1948, Gaitán salió de su oficina en el edificio Agustín Nieto para almorzar. En la puerta le esperaba Juan Roa Sierra, quien le disparó y logró impactarlo tres veces con su revólver Smith & Wesson. Gaitán fue trasladado al Hospital Central, donde perdió finalmente la vida. En

ese momento pasó algo inesperado: una erupción de violencia con los protagonistas que Gaitán había llamado “pueblo”. Primero lincharon al asesino y luego lo arrastraron por la carrera 7ª. En este espacio público del centro político y económico del país, se concentró una multitud que se comunicó con los líderes liberales. Crecieron los rumores en relación a los posibles autores intelectuales de magnicidio. Al caer la noche, la gente andaba con piedras, armas que habían entregado policías y herramientas robadas de las ferreterías. Por otra parte, las fuerzas de seguridad leales al gobierno conservador se posicionaron para defender el palacio presidencial, donde se hallaba el presidente Mariano Ospina Pérez, cuya renuncia era exigida por la multitud de manifestantes. El saldo final fue de aproximadamente 300 víctimas mortales. La represión gubernamental provocó una escalada de violencia. La muchedumbre, sin plan, cometió saqueos, destruyó y quemó 142 edificios, en su mayoría vistos como símbolos del poder. Entre los edificios atacados destacaron iglesias y hoteles. También se quemaron tranvías. Las fuerzas de seguridad estaban divididas, por lo que se les escapó de las manos el control del orden. Tres días de protestas siguieron.

Al mismo tiempo que sucedía lo que más tarde se llamaría “el Bogotazo”, se llevaba a cabo en la capital de Colombia la IX Conferencia Panamericana, en la que se fundó la Organización de los Estados Americanos (OEA). En el Bogotazo encontramos varias características de la violencia que acompañó hasta hoy el proceso político en Colombia: el magnicidio de políticos del “pueblo” y de líderes sociales, la autojusticia por parte de la

élite dispuesta a negar la ley y el proceso democrático cuando se siente amenazada por la movilización de las masas, la venganza (igualmente violenta) por algunos sectores del “pueblo” que no confían en el Estado de derecho, la incapacidad de las fuerzas de seguridad para mantener el orden público y la ineficiencia del aparato público para castigar a los culpables.

El asesinato de Gaitán quedó gravado en la memoria colectiva. Su cuerpo descansó primero en la casa donde había vivido el propio Gaitán. En 1988 fue integrado al proyecto de Exploratorio Nacional. Un teatro en el centro fue a partir de 1970 portador del nombre “Jorge Eliécer Gaitán”, así como varios colegios y calles en la capital colombiana y en el resto del país. En varias ocasiones se recordó a este personaje mostrando su cara en los billetes de mayor circulación. Y en Bogotá existe un archivo donde se conservan sus documentos. Los publicistas y la historiografía nacional e internacional investigaron el caso, plantearon tesis e impulsaron controversias. La importancia que le dan al asesinato de Gaitán se debe a lo siguiente: toman el Bogotazo como punto de agudización de los sucesos violentos en el campo colombiano que se prolongaron hasta 1957, es decir, como símbolo de una época que se guarda en la memoria colectiva bajo el nombre de La Violencia, escrita con letra mayúscula. De los que defienden este punto de vista no son pocos quienes construyen una narrativa de violencia que perdura hasta hoy en día. Otros se dedican al fenómeno del populismo, del carisma, del lenguaje y del estilo *performativo* de Gaitán, que le hizo conseguir tantos seguidores y admiradores entre las masas populares. Esta pers-

pectiva goza de gran actualidad. Otros enfocan la construcción del movimiento gaitanista en todo el país. Finalmente mencionamos los que investigaron los vínculos inter y transnacionales tanto del gaitanismo (en Cuba e Italia) como de sus opositores (en EE UU). Pero esta corriente aún da para mucho más, sobre todo cuando se incorpora el populismo en las tendencias internacionales de la época.

A pesar de la diversa producción historiográfica que se ha dado en torno de la figura de Gaitán, esta sigue despertando el interés de los investigadores. En esta oportunidad la conmemoración del asesinato del líder político coincide con el proceso de paz, con el fin de la negociación con la guerrilla más antigua del continente latinoamericano, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y en medio de los diálogos con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), un momento en la historia del país en el que se buscan salidas negociadas al conflicto armado. Intentos de paz a los que no les ha faltado enemigos. Con tal razón se ha convocado este debate con dos de los autores de las principales obras sobre el gaitanismo (Herbert Braun y Daniel Pécaut) y un representante de una nueva generación de historiadores (Esteban Morera Aparicio), para que planteen sus posiciones en torno de la importancia actual del objeto de estudio, así como las perspectivas investigativas futuras y la conexión que este fenómeno puede tener con procesos que se desarrollan en la actualidad política colombiana y latinoamericana. Con este fin se les ha entregado cuatro preguntas para que guíen sus intervenciones y para facilitar al lector el contraste de las diferentes posiciones.

Las preguntas son las siguientes:

- 1 – ¿Cuál fue la importancia real del fenómeno gaitanista en la historia colombiana? ¿Qué lo hace especial?
- 2 – ¿Qué lugar ocupa el gaitanismo dentro de la historia política latinoamericana del siglo xx?
- 3 – Teniendo en cuenta la gran cantidad de producción académica que hay en torno del gaitanismo y los requerimientos actuales de la historiografía,

¿queda mucho más por decir sobre este tema? Si es así, ¿en qué direcciones se debería conducir la investigación?

- 4 – ¿Hay conexiones o hilos de continuidad entre los procesos que experimentó el país en la década de 1940 y la situación política actual del país?

THOMAS FISCHER

¿Y SIN EL 9 DE ABRIL?

Entendemos al gaitanismo de hasta mediados del siglo pasado como la expresión de inconformidades sociales, culturales y políticas más profunda, más popular y pasional en la historia de Colombia. Quizá no nos equivoquemos del todo al aseverar que ha sido la única, la única con esa raigambre. Nada de lo que ocurrió antes ni después de la explosión visceral de ese movimiento se le llega a asemejar. Fue el primer movimiento que desarrolló un lenguaje para dirigirse directamente al pueblo, personalmente, incluyéndolo en el movimiento. Durante esos mismos años de su existencia, el gaitanismo fue casi, casi, el todo de la vida pública y privada de los colombianos, cuando ellos o lo seguían o se oponían a él. Más fueron los colombianos que se opusieron, los que lo odiaron, los que se asustaron. Hubo los que le fueron indiferentes, pero ciertamente son poquitos. Fue una cosa de amor y de odio, de intimidad y de repugnancia. Todos quedaron tocados. Fue una experiencia que llegaba a ser nacional, quizá la primera. Después, el país ha ido cambiando y las experiencias que abarcan a la nación van

apareciendo, con la modernidad, aunque seguramente no tan arraigadas como fue la gaitanista. En los años cincuenta, otra experiencia con dimensiones nacionales fue la “Vuelta a Colombia” y quizá hasta más que hoy en día.

En ese entonces, digamos que más o menos desde 1940, quizá para algunos desde los años treinta hasta a unos momentos, unos días, meses, después del asesinato del líder del movimiento a la una y pico de la tarde del 9 de abril de 1948, el gaitanismo fue arrollador. Algunos han aseverado que siguió siendo fuerte ya más allá, digamos que más allá de 1949, pero sospecho que aquellos lo sostienen más porque lo quieren creer, que por tener sensibilidades de protesta, y no tanto porque tengan razón.

Cuando empecé en 1979 la investigación que llegó a convertirse en el libro *Mataron a Gaitán*, a treinta años del 9 de abril, y yo con tan solo treinta años de edad, no me quedaba entonces mayor duda que desde ya hacía años que del gaitanismo era poco lo que quedaba. Era más nostalgia para los antiguos gai-

tanistas que me contaban sus historias, y más susto para los liberales y los conservadores de varias clases sociales que se le opusieron, directa o indirectamente. Llegué a pensar durante esas entrevistas de historia oral que los que sentían el pasado gaitanista eran los que lo odiaron, y me puse a preguntar también si quizá el odio permanece en los corazones de nosotros los seres humanos más allá que el amor. O si no el odio, el miedo. Sin llegar ellos a justificar el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, fueron varios con los que hablé que respiraban hondo al acordarse, como diciéndome “gracias, gracias a Dios eso lo dejamos atrás”. Para ellos Gaitán y el 9 de abril se habían convertido en una misma cosa. Así fue con el jefe derechista Joaquín Estrada Monsalve. Me atendió con toda la cortesía en su casa, y al acordarse de ese pasado se le subía la voz, casi como enfurecido. Era como si en esos momentos volviera a sentir ese miedo, como si tuviera en frente el rostro oscuro de Gaitán.

Sobre el gaitanismo arrollador cuando lo fue, sabemos algo. Y a la vez, tampoco tanto. No contamos con un estudio de alguna seriedad sobre el gaitanismo con el caudillo vivo. Esa perspectiva contemporánea, a favor y en contra, se ha perdido. Sin hacer un esbozo historiográfico en estas pocas páginas, sale luego, en 1952 el libro de José Antonio Osorio Lizarazo *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*, y tres años después, el de Antonio García, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. Son dos libros significativos, más el segundo, a los que todos los estudios siguientes se refieren. Las dos palabras claves en los títulos son *muerte y problema*. Y lo de *permanente presencia* es ese deseo que anotamos antes.

Son ambos libros de un perfil gaitanista. En las siguientes dos décadas se producen testimonios, recuerdos, alguna biografía, algo sobre el pensamiento del jefe caído; sus discursos, casi todos también, en alabanza del caudillo.

En Colombia prácticamente no existe un estudio desde el pensamiento conservador sobre Gaitán y el gaitanismo. Las memorias de Rafael Azula Barrera, secretario privado del presidente Mariano Ospina Pérez, *De la revolución al orden nuevo* (1956), pueden ser uno, pero tratan solo de pasada al gaitanismo. Estrada Monsalve escribió dos libros, uno en 1948 sobre el 9 de abril mismo, *El nueve de abril en Palacio: horario de un golpe de Estado*, y el otro, *Así fue la revolución. Del 9 de abril al 27 de noviembre* (1949). En *Mataron a Gaitán* menciono el primero pero no el segundo, ya que en el libro me quedé en el 9 de abril. En ese entonces prácticamente me faltaba la habilidad mental para pensar más allá de esa tarde. Son dos libros de estocada, más para matar al gaitanismo que para entenderlo. Debo reconocer que ahora, a mis setenta años, he llegado a apreciar esos dos libros algo más de que lo logré durante el *Mataron a Gaitán*, como lo reconozco ahora en *La nación sentida* (2018). Sin embargo, escasamente contamos con una historiografía desde el imaginario conservador del país. Toda esa vertiente de la experiencia histórica y el pensamiento colombiano se ha perdido. Los escritores conservadores rechazan el gaitanismo sin pensarlo a fondo. Por lo tanto, en sus pocas páginas resalta un gaitanismo bastante más revolucionario y peligroso de lo que en la realidad fue.

En los años setenta y ochenta se publicaron unos pocos estudios sobre el

gaitanismo escritos por historiadores profesionales, varios desde el exterior, como el de J. Cordell Robinson, *El movimiento gaitanista en Colombia*; John Sharpless, *Gaitán of Colombia*; Herbert Braun, *Mataron a Gaitán*; y W. John Green, *Gaitanismo, Left Liberalism and Popular Mobilization in Colombia*.

En un artículo sobre el Che Guevara en Colombia, Malcolm Deas, el historiador inglés tan conocedor del medio colombiano, sostiene que estos trabajos “tienden ellos mismos a ser gaitanistas”. Si esto fuera así —o particularmente en el caso mío— sería una lástima, ya que el ángulo angosto por el cual hemos visto al gaitanismo no se hubiera ampliado. Además, se espera que los historiadores profesionales no tengan una agenda ideológica, y que aquellos que no vivieron la época pudieran aportar unas vistas nuevas, más amplias, sobre el gaitanismo.

El interés por el gaitanismo entre los académicos se ha mantenido vivo, como podemos ver en el libro *Mataron a Gaitán: 60 años*, editado hace diez años por César Augusto Ayala Diago, Óscar Javier Casallas Osorio y Henry Alberto Cruz Villalobos. El libro contiene nada menos que 33 artículos diferentes. Aunque no propiamente gaitanista, el texto tampoco contiene unas perspectivas críticas del fenómeno, a no ser que fuera por ser el gaitanismo demasiado reformista. El interés es entendible. Parece ser que el gaitanismo fue, como dijimos al comienzo, la expresión de inconformidades sociales, culturales y políticas más profundo en la historia de Colombia.

Pero sin una historiografía más diversa nos queda complicado imaginarnos lo que hubiera sido el gaitanismo y el país

con Gaitán vivo y sin el 9 de abril, una manera de pensar el pasado no tanto para imaginarnos uno distinto, sino para entender mejor el que fue.

No hemos entendido bien lo que fue el gaitanismo cuando arrasaba. Sin duda, fue muchas cosas diferentes, sin llegar a definirse. No existe entre nosotros consenso alguno sobre lo que fue. Gaitán se nos fue antes de tiempo. Yo sostengo, por ejemplo, que Gaitán fue un político pequeño burgués. Es una aseveración, no una crítica. Otros que fue populista, socialista, comunista o fascista. Todavía otros que no fue nada, simplemente un resentido, o un arribista. O un hombre vulgar.

Aun con estas limitaciones historiográficas, pienso que la historia del país en esos años hubiera sido menos convulsiva con Gaitán vivo y sin esa tarde. No estamos conscientes del profundo trauma que esa multitud provocó en las mentes y en los corazones, especialmente de los conservadores, pero de los liberales también. Sintieron en ese momento que perdieron al país, que el pueblo era bárbaro, ingobernable, primitivo. Los conservadores llegaron a sentir que los jefes liberales los traicionaron, a ellos y al país, en esa tarde y esa noche. Durante días y años los conservadores no lograron confiar de nuevo en los liberales. La difícil convivencia política y cultural que relato en *Mataron a Gaitán* no llegó más allá del 9 de abril.

Y también pienso, aunque no con tanta confianza, que con Gaitán vivo la violencia no hubiera sido tan violenta, tan dura, tan larga. Con Gaitán vivo y sin el 9 de abril es imposible imaginarnos el colapso del Partido Liberal en 1949, con el cual Laureano Gómez, el a veces doctri-

nario jefe conservador, llegó al poder. Se rompió el país por encima. Se acrecentó la violencia desde abajo. Como partido minoritario, los conservadores en el poder impulsaron la violencia como seguramente no lo hubieran hecho los liberales estando ellos en el poder en los años cincuenta. Difícilmente nos podemos imaginar que Gaitán u otro jefe político liberal hubiera intentado una revolución izquierdista tan radical como la derechista y corporativa que quiso impulsar Laureano Gómez. Con los liberales en el poder en 1950, bien nos podemos imaginar que los jefes conservadores no hubieran tenido que salir al exilio como les tocó a muchos de los liberales. (Laureano por su parte entra y sale del exilio.) Con Gaitán vivo y sin el 9 de abril nos podemos imaginar una historia con más continuidades de las que han vivido los colombianos.

Uno de los casos más claros de un movimiento algo similar al gaitanismo que ha perdurado en el tiempo es el peronismo en la Argentina, que sigue aún hoy sin desaparecer, casi a medio siglo de muerto el general Juan Domingo Perón, en 1974. Hace falta en nuestros estudios unas comparaciones detalladas sobre los movimientos llamados populistas del siglo xx. Es posible que en un curso de historia política de América Latina, o hasta en un doctorado –fuera de Colombia– no se llegue a tocar el gaitanismo, mientras que el peronismo lo vamos a encontrar en el centro del programa. Comparado con el peronismo, el gaitanismo, cuando existió, hasta parece no ser tan arrollador, aunque sí lo fuera para los colombianos que lo vivieron, a favor y en contra. Claro, comparada con la historia de la Argentina, la colombiana se queda chica en casi todos

los sentidos, para bien quizá algo más que para mal. Comparemos la manifestación popular en la Plaza de Mayo en Buenos Aires el 17 de octubre de 1945, manifestación multitudinaria que obliga a que el gobierno militar suelte al entonces coronel Juan Domingo Perón de la cárcel e instalarlo ahí en el balcón de la Casa Rosada, casa presidencial, para re-encontrarse apoteósicamente con su pueblo, con la Marcha del Silencio del 7 de febrero de 1948 en la Plaza de Bolívar en Bogotá. Parece provinciana. Bueno, comparemos plazas, y la Avenida 9 de Julio, la más ancha del mundo, con la carrera 7ª de ese entonces, que poco a poco a través de las décadas la han ido ampliando. Es esta una comparación –sobre los tamaños físicos de las cosas– que no haría un historiador serio para llegar a conclusión alguna. Sin embargo, estas imágenes son llamativas.

Las diferencias, entre varias otras entre el gaitanismo y el peronismo, es que aquel surgió por fuera de las instituciones políticas del país austral, más allá de los partidos de izquierda y del partido Radical, de clase media, y con y especialmente en contra de un reciente actor político, el Ejército. Desde las afueras, parecía desde el comienzo que el peronismo era una afrenta frontal, para la felicidad de muchos y la angustia de otros. Como tal, estableció unos vínculos nuevos con las desconocidas y poco integradas masas argentinas, internacionales, muchas de ellas de corta aunque no recién llegada multitudinaria al país desde fines del siglo xix.

En Colombia fue casi como que al revés. El gaitanismo se fue inmiscuyendo, por aquí por allá, entrelazándose con las instituciones políticas ya establecidas, con liberales y en contra de liberales, con

conservadores y en contra de conservadores, con y en contra de los dos grandes partidos tradicionales del país, que como partidos amplios ya abarcaban una buena parte de este. El gaitanismo se metió por dentro. Los colombianos eran liberales antigaitanistas y liberales gaitanistas, conservadores antigaitanistas y conservadores gaitanistas. Se parecen.

Gaitán se dio cuenta en los años treinta que el poder en Colombia existía por dentro de las instituciones, cuando dejó atrás su partido político, la UNIR, algo como el Partido Peronista, aunque pequeño. No volvió a salirse del Partido Liberal. En 1946 buscó la presidencia como liberal. Lo que me asombra hoy más que hace 40 años es que Gabriel Turbay, el otro candidato liberal, le ganó a Gaitán contundentemente, con 441.199 votos contra 358.957, y que el victorioso candidato conservador, Mariano Ospina Pérez, obtuvo más votos que cualquiera de los dos liberales, 565.939, aunque no más que los dos liberales juntos. Los liberales son mayoritarios. Asombroso también hoy en día es que no hubo mayores dudas entonces que las elecciones fueron limpias, y todavía más revelador que no se dudó de que los resultados serían aceptados por los liberales. Gaitán las consideró como un primer paso, paulatino, hacia el poder, institucionalmente, en la democracia. ¿Qué tan arrollador era entonces el gaitanismo, o lo sería más allá en el tiempo? Eran muchos los colombianos, conservadores y también liberales que se oponían al movimiento, y tenían los medios con qué expresarse.

Varias de las razones por las que sabemos más sobre el fenómeno argentino se debe a que llegó al poder y lo perdió, y lo

volvió a ganar, que hubo uno, otro, y un tercer peronismo. El peronismo perduró en el tiempo en gran medida porque se estableció por fuera de las instituciones del país, sin alianzas, arrollador. La historia del peronismo es en gran medida la historia de grandes distancias, simbolizadas quizá por la Avenida 9 de Julio, de separaciones entre las élites y las masas argentinas, los llamados descamisados. El gaitanismo era y seguramente seguiría siendo una historia de conexiones, de conversaciones, de convivencias, de alianzas, de elecciones, ganadas y perdidas. Es una historia estrecha. Nos es casi imposible imaginar un gaitanismo peronista, por fuera de estas instituciones, un gaitanismo frontal. Las instituciones políticas envolvieron al gaitanismo con Gaitán antes del 9 de abril. Seguramente lo habrían seguido haciendo con un Gaitán que sobreviviera al asalto de Juan Roa Sierra.

Lo que sabemos hoy más profundamente que en 1945 en la Argentina y en 1948 en Colombia es que los llamados populismos pueden ser de izquierda y de derecha. A través de sus largos años de vida, el peronismo apareció primero como de izquierda, y se fue escurriendo, en ese gran espacio a los márgenes de las instituciones del país, hacia la derecha, donde se quedó antes de que el caudillo falleciera siendo presidente, en 1974, reprimiendo violentamente a sus propios peronistas. Difícilmente nos imaginamos un vaivén de tan grandes espacios en el gaitanismo en los años cincuenta, más bien contenido por las instituciones colombianas. Difícilmente nos imaginamos un gaitanismo de derechas.

He sostenido desde *Mataron a Gaitán* que como político pequeño burgués y como abogado, Gaitán era un hombre de

leyes, de constituciones, de tradiciones, de civismo. Con Gaitán vivo, y sin las angustias vividas el 9 de abril, es difícil imaginarnos el derrumbamiento entre los jefes liberales y conservadores en 1949, el fin de la convivencia, y la explosión de la violencia que desde entonces ha determinado el imaginario del país. Y difícilmente nos imaginamos la posibilidad de un Gaitán de amplio talante izquierdista, con espacios por fuera del tradicional bipartidismo colombiano. Quizá con Gaitán vivo podemos pensar en esas instituciones en los años cincuenta como algo más abiertas, algo más inclusivas, más democráticas, poco arrolladoras. El 9 de abril

fue un desastre en la historia del país. Fue un accidente. No tenía que haber sido. Los invito a leer un ensayo sobre el 9 de abril escrito desde sus últimos momentos hasta sus primeros, para que los balazos y esa tarde se piensen de una manera menos determinada: “Los mundos del 9 de abril, o la historia vista desde la culata”¹.

HERBERT BRAUN

¹ En Gonzalo Sánchez, Ricardo Peñaranda y Charles Bergquist (eds.): *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1986, pp. 195-231.

MEJOR VALE LA VIOLENCIA QUE EL POPULISMO

Son varios los factores que le confieren una importancia fundamental al fenómeno gaitanista en la historia colombiana. Primero, fue el único caso importante de populismo en Colombia. Segundo, el asesinato de Gaitán hizo que para muchos se diera la impresión de una revolución frustrada. Y tercero, la violencia generalizada que apareció en los años siguientes fue a menudo interpretada como una consecuencia de su muerte. Estos tres puntos se convirtieron en una especie de vulgata histórica. Cada uno merece muchos matices. Es lo que nos proponemos formular en las líneas siguientes.

Populismo en Colombia

Los grandes movimientos populistas en América Latina surgen a finales de la Segunda Guerra Mundial, después de un período marcado por los efectos de la cri-

sis económica de 1929, entre los cuales se encuentran el debilitamiento de las viejas oligarquías y de los antiguos partidos, la frecuente conformación de gobiernos autoritarios apoyados por los militares (por ejemplo la Década Infame en Argentina, el Estado Novo en Brasil) y el fortalecimiento de la intervención del Estado en la economía. Las movilizaciones populistas de la postguerra tienen entonces cuatro componentes: a) las reivindicaciones de las clases populares tanto organizadas (sindicatos) como marginales; b) un proyecto industrializante por medio del papel de Estado; c) la desconfianza en relación con los conceptos de la democracia liberal y d) un nacionalismo apoyado tanto por las fuerzas armadas como por el “pueblo”, nación y pueblo conformando un conjunto referencial indisociable.

El entorno en el cual se produjo el movimiento gaitanista fue muy diferente.

En primer lugar los dos partidos que vienen de mediados del siglo XIX siguieron teniendo un arraigo profundo dentro de la sociedad al punto de definir simultáneamente las identidades personales y colectivas de la mayoría de los colombianos. Tales identidades contribuyen más que cualquier otra institución a servir de factor de unificación a un territorio sumamente fragmentado. Es, además, de anotar que el Partido Conservador siguió aferrado a una visión del orden político basado sobre la doctrina católica y que a partir de 1936 estuvo muy influenciado por el franquismo y los acontecimientos de la Guerra Civil de España. En segundo lugar, la hegemonía partidista tiene por correlato la posición muy subordinada de las fuerzas militares, las cuales gozan de un prestigio limitado y están en la imposibilidad de expresar opiniones políticas propias y de fomentar visiones nacionalistas. En tercer lugar, la crisis económica de la década de 1930 no significó, sino de manera muy limitada, una mayor intervención del Estado en la economía fuera de la adopción de medidas proteccionistas. De hecho, el desarrollo muy tardío del país siguió basado más que nunca sobre la economía del café, cuyo manejo estaba en manos de las élites bipartidistas. Este conjunto de circunstancias contribuyó a debilitar el sentido de nación. Prueba de esto es el alineamiento de la política exterior con Estados Unidos así como la ausencia de un fuerte sentimiento antiimperialista.

La movilización gaitanista surgió con fuerza en 1945. El primer componente “populista” se remite a su ambición de romper con la oposición partidista dirigiéndose al conjunto del “pueblo”. Al principio esta ambición tiene algo de

oportunista. En aquel momento no se sabe si el Partido Conservador va a ir o no a la elección presidencial de 1946 con candidato propio. Si bien casi toda la carrera de Gaitán se hizo en la órbita del Partido Liberal, fuera de un breve episodio a mediados de los años treinta cuando creó la UNIR, una organización campesina regional. En 1945 cuando empezó una campaña electoral con miras a la elección presidencial de 1946, su apuesta fue claramente la de ganarse el apoyo del Partido Conservador.

De hecho, no faltan en este momento los temas parecidos entre Gaitán y Laureano Gómez: la crítica a la democracia liberal, a la “oligarquía política”, al legado de Alfonso López visto como el símbolo de esta oligarquía, la llamada a la “restauración moral”. No por casualidad Gaitán puso el acento sobre los males que aquejan tanto al pueblo conservador como al pueblo liberal. En esa coyuntura pronunció su famosa frase: “El hambre, las enfermedades, la sífilis, la miseria no son conservadoras o liberales”. En esto influyen las teorías higienistas con las cuales se había familiarizado siguiendo las enseñanzas de derecho penal en Italia.

Ahora bien, hay dos maneras de entender estas frases: que Gaitán quería restarle importancia a la división partidista o bien que él juzga que el pueblo no está todavía en capacidad de volverse un sujeto político dados los problemas físicos que sufre. Cómo interpretar sino de esta manera la otra frase que repite con frecuencia: “¡No me habléis de voluntad en un organismo sin nutrición, no me habléis de grandeza de espíritu en un organismo con disfunción en las glándulas endocrinas!”. Mejor dicho, el pueblo no puede conseguir una

existencia política sino gracias a un líder.

Como bien se sabe, en el último momento, el Partido Conservador decidió tener candidato propio en la persona de Mariano Ospina Pérez, quien salió elegido debido a la división del Partido Liberal. Gaitán no llegó sino en tercer lugar después del otro candidato liberal. Empezó entonces otra fase de la movilización gaitanista. Pronto Gaitán tomó las riendas del Partido Liberal, del cual llegó a ser oficialmente el jefe a mediados de 1947. Llegó a su fin su aspiración a sustraerse a la división partidista, la cual adquiere nuevamente un aspecto central debido a la radicalización de los dos lados. Fenómenos de violencia abierta se volvieron más y más frecuentes a partir de 1946.

Sin embargo, no cambia del todo el tono gaitanista. La oposición pueblo/oligarquía siguió teniendo un papel central y lo que prevaleció en la imagen del pueblo es la de un pueblo desamparado caracterizado por la falta de salud, de educación y de organización. Salvo que “el pueblo” se redujo ahora a las masas liberales, pero con una circunstancia que marcó la diferencia con los populismos del Cono Sur: no incluye a la mayoría de las organizaciones sindicales. De alguna manera, el populismo gaitanista había sido antecedido por una fase de reconocimiento político del sindicalismo. Entre 1934 y 1938 había llegado a la presidencia el dirigente del Partido Liberal, Alfonso López Pumarejo, quien bajo el lema de “Revolución en marcha” promovió una serie de reformas, incluso un proyecto de reforma agraria (que no tuvo los resultados esperados), y buscó el apoyo de las organizaciones sindicales al adoptar una nueva actitud en relación con ellas. En consecuencia,

tanto la clase trabajadora ligada al Partido Liberal como el Partido Comunista consideraron que ya tenían acceso a una plena ciudadanía política y social (en 1936 el Partido Comunista llegó hasta hablar de “Frente Popular”). Todavía en 1944 y 1945 el Partido Liberal en el poder adoptó varias medidas que fueron consideradas como progresistas. De ahí resultó que la mayoría de los sindicatos y el Partido Comunista siguieron “lopistas” y se opusieron casi hasta el final a la movilización gaitanista. La consideraron más bien como algo demagógico que amenazaba las “conquistas” que habían conseguido. No vacilaron en tildarlo de “fascista”, lo mismo que los comunistas argentinos hicieron en relación con el peronismo. Los enfrentamientos con el gaitanismo distaron de ser meramente verbales. Durante tres años desembocaron en peleas abiertas para desalojar a los otros de la plaza pública. El conflicto culminó en mayo de 1947, fecha en la cual las organizaciones sindicales lanzaron un paro que, en caso de éxito, esperaban que desembocaría en la caída del gobierno. Durante los días anteriores, Gaitán pareció apoyar la iniciativa. Pero llegado el día del paro se encerró en el silencio. No solo el paro no tuvo la amplitud esperada, sino que ofreció la oportunidad de despedir a gran parte de sus iniciadores, tratándose de un paro considerado como ilegal porque era político. El hecho de que el ministro de Trabajo fuese gaitanista no fue ningún obstáculo a esta onda de despidos. Los historiadores del gaitanismo casi siempre silencian este acontecimiento. Sin embargo, es un episodio clave, ya que significó que gran parte de las estructuras sindicales quedarán desbaratadas bien antes del 9 abril. En

estas condiciones no es casualidad que el discurso gaitanista se siguiera dirigiendo ante todo al pueblo desorganizado.

La pelea de Gaitán con las organizaciones sindicales es otro factor que explica porque su discurso se dirige ante todo a las masas liberales que no tienen la capacidad de salir de su condición de desamparo a no ser por el intermedio del caudillo. No pueden alcanzar por sí solas formas de actuación apuntando a un cambio social. Lo que las caracteriza es más bien de tipo emocional, como lo que experimentan al escuchar las arengas de Gaitán. A veces, este compara las masas con un personaje tímido que aguanta todo hasta el día cuando se produce una explosión de rabia. El papel del caudillo es el de encauzar este estado emocional impidiendo que se produzca la explosión.

Una vez asegurada la jefatura de Gaitán sobre el Partido Liberal la mayor parte de las antiguas élites liberales se distanciaron de la movilización populista. Pero el clima de violencia partidista siguió agudizándose. En cierta manera, la referencia a un pueblo unificado perdió sentido. Más bien se regresó a la evidencia de un pueblo dividido. El impacto de los sectores laureanistas del Partido Conservador va creciendo predicando la necesidad de un “cataclismo purificador” para restaurar los valores tradicionales. Ellos consiguieron incluso atraer varios sindicatos conservadores, más que todo en Antioquia, la cuna de la gran industria de productos de consumo.

La última gran manifestación del gaitanismo tomó lugar el 7 de febrero de 1948, para protestar contra la violencia creciente. Gaitán convocó la Marcha del Silencio. La inmensa muchedumbre li-

beral escuchó en silencio una manera de súplica del líder a favor de la paz. Se trató de una suerte de parábola por medio de la cual el pueblo se mantuvo callado escuchando la palabra de su jefe. Sin embargo, la dinámica de la violencia fue más fuerte. El asesinato de Gaitán el 9 de abril se produjo en el momento en que la influencia de Laureano Gómez sobre el conservatismo se volvió más marcada que nunca.

El asesinato de Gaitán: ¿una revolución frustrada?

El “Bogotazo”, así como las múltiples revueltas que se dieron en provincias marcaron, la memoria de todos los colombianos. En Bogotá la revuelta duró varios días y dio lugar a una represión que produjo millares de muertos. Si bien las destrucciones en el centro histórico de la capital fueron considerables, su tamaño ha sido a menudo exagerado. Estuvo lejos de alcanzar el tamaño de un acontecimiento como la Comuna de París. Su amplitud tiene mucho que ver con la manera en que urbanizadores como Fernando Mazuera aprovecharon para hacer operaciones inmobiliarias en el centro.

Lo que está fuera de duda es el temor de las clases dirigentes frente a la rabia de la ‘chusma’. Volvió a surgir el fantasma de la ‘barbarie’ de las masas. Fue mucho más profundo que un enfrentamiento de clases. El espectro de la barbarie se enraizó tanto en los discursos de Gaitán como en los de Laureano Gómez. El primero no había dejado de profetizar, como lo anotamos, que en cualquier momento la rabia de las masas podía desembocar en una explosión social. El secundo consideraba que solo un cataclismo podía restaurar el

orden social. Mejor dicho, el Bogotazo apareció como la catástrofe anunciada. Toca también subrayar que el carácter de las revueltas tiene que ver con el hecho de que alrededor de Gaitán no había nadie que pudiera encauzar la revuelta. El gaitanismo giró en torno a una persona. Le faltó el apoyo de la casi totalidad de las élites liberales. Existía, es cierto, un pequeño grupo de seguidores agrupados en lo que se llamó la “JEGA”, reclutados en la clase media, pero desprovistos de una influencia propia. La muerte de Gaitán los dejó totalmente desorientados, sin capacidad de influir sobre los acontecimientos y la mayoría de ellos adoptaron los años siguientes orientaciones meramente oportunistas.

No se puede adivinar qué hubiese pasado si Gaitán hubiera sobrevivido. ¿Hubiera podido realizar el programa conocido bajo el nombre de Plan Gaitán? Hay muchos argumentos para tener dudas. Se habría enfrentado a la resistencia del conjunto de las élites, más todavía porque en 1949 empezó una coyuntura de bonanza cafetera la cual fortaleció el deseo de las élites económicas de preservar el modelo liberal de desarrollo. Ahora bien, el argumento fundamental remite a la dinámica en curso de la Violencia. El número de víctimas dio un nuevo salto adelante en 1949 a medida que se aproximaban las elecciones presidenciales: la adhesión del Partido Conservador a Laureano Gómez no significó el paso definitivo hacia la violencia generalizada.

El hecho de que la violencia adquiriera una amplitud todavía mayor después de la muerte de Gaitán, contribuyó a difundir dentro de las masas liberales la creencia de que si él hubiera sobrevivido

y si hubiera sido elegido presidente hubiera alcanzado a pararla. Sin embargo, aun así, no deja de ser muy dudoso que hubiera podido evitar la violencia generalizada. Como hemos subrayado la Violencia no empieza en 1948. No faltaron unas iniciativas tímidas, incluso de parte de Mariano Opina Pérez, para encontrar una fórmula que evitara la guerra partidista. Sin embargo, una vez experimentada la conmoción ligada al Bogotazo y, más que todo, una vez escogido Laureano Gómez como candidato conservador, no se ve cómo se hubiera podido obstaculizar la expansión de la violencia.

Contribuyó al trauma provocado por la muerte de Gaitán el hecho de que nunca fue posible esclarecer quiénes fueron los autores intelectuales del magnicidio. No faltaron las hipótesis en función de las afinidades políticas, se responsabilizaron desde los extremistas laureanistas hasta la oligarquía liberal pasando por los comunistas. Pero el mismo Scotland Yard, que fue invitado a investigar, no encontró pruebas indiscutibles. No hay nada más sintomático que el suceso que se volvió un acontecimiento fundador en la memoria de los colombianos hubiera quedado sin autores reconocidos. Y fue un acontecimiento que fundó nada menos que la convicción de que la historia colombiana está abocada a fracasos permanentes.

Del gaitanismo a la violencia generalizada

Como hemos dicho, la muerte de Gaitán aconteció en un momento en que la Violencia estaba ya desbordada. El pánico generado por el Bogotazo y la aproximación de la elección presidencial no hicie-

ron sino agudizarla. Durante los dieciocho meses siguientes a la designación de Laureano Gómez como candidato conservador se le confirió a la crisis política una dimensión aún mayor. La cual llevó el Partido Liberal, a finales de 1949, a desistir de tener un candidato.

La desorganización de los liberales se volvió todavía más profunda. Sus antiguos líderes ya se habían marginado frente al movimiento gaitanista. Fueron incapaces después de frenar los fenómenos de guerra civil. Ya profundamente debilitados desde 1947, los núcleos organizados de la clase obrera no resistieron la represión que sigue al 9 de abril. En la zonas rurales se multiplicaron los focos de resistencia liberal, en algunos casos fueron conformando guerrillas más o menos consolidadas. Muchos de estos focos se definieron como “gaitanistas” incluso cuando se habían alineado con lo que quedaba como liberalismo oficial, pero se sintieron abandonados por la “oligarquía” liberal. Lo cual no impidió que a menudo la resistencia liberal se construyó sobre la bases del tradicional clientelismo. Lo más notable es, sin embargo, la fragmentación de la resistencia. En ninguno momento logró un mínimo de cohesión.

Queda la interrogante de por qué el populismo gaitanista inspiró a las élites económicas y políticas un rechazo tan marcado mientras aguantaron tantos años los fenómenos de violencia. Una de las razones, tal vez la principal, es que en 1949 empezó un período de bonanza cafetera que duró hasta 1955. Colombia no había dejado de enfrentar dificultades económicas los años anteriores. De la bonanza cafetera se beneficiaron no solo la Federación de Cafeteros, tanto los encargados

de la comercialización como los cultivadores, sino que también los industriales. En plena Violencia, el presidente de la Asociación Nacional de Empresarios de Colombia (ANDI) afirmó que, desde el punto de vista económico, el país nunca había andado mejor, si bien andaba muy mal desde el punto de vista político. De manera que las élites económicas no tenían de qué quejarse.

La otra razón es que la Violencia afectó, más que todo, las regiones rurales, las zonas cafeteras en primer lugar, Quindío, Caldas, el valle del Cauca, Tolima. Muchos eran los actores que buscaban aprovechar la bonanza. Las redes partidistas en primer lugar, pero también los empresarios conservadores, la clase media rural, una diversidad de bandas armadas que conformaron poco a poco grupos bandoleros. El resultado fueron millares de muertos y de desplazados. Sin embargo, los enfrentamientos mantuvieron un perfil fragmentado. Además, al lado de la guerra partidista empezaron a manifestarse conflictos en los liberales tradicionales y los sectores influenciados por el Partido Comunista. Estos conflictos afectaron también los llanos orientales, a pesar de que surgieron allá guerrillas un poco mejor organizadas.

Si bien la represión conservadora siguió afectando las clases populares urbanas, no pasó lo mismo con las élites económicas urbanas, que pudieron aprovechar la coyuntura, fuera de unos pocos casos que obligaron a ciertos dirigentes del partido liberal a exilarse. En definitiva, la violencia generalizada alcanzó a disolver las huellas del susto recurrente de la movilización gaitanista. Sirvió para enraizar más que nunca las identidades

partidistas. No por casualidad el fin de la Violencia se dio por medio del pacto del Frente Nacional, a través del cual los dos partidos compartían el conjunto de las instituciones. No hubiera alcanzado a mantenerse durante décadas si no hubiera sido por la solidez de las identidades partidistas. Al mismo tiempo sirvió para fortalecer las jerarquías sociales. A pesar de sus responsabilidades en la Violencia, las élites consiguieron echarle la culpa a las clases populares. Lograron sustentar

que las matanzas demostraban que estas clases no habían superado el nivel de barbarie de que hicieron gala cuando el Bogotazo. La Violencia borró el espectro del populismo, no el de esta barbarie. De ahí en adelante supieron que el mayor peligro no era la violencia, sino una movilización popular masiva.

DANIEL PÉCAUT

EL GAITANISMO, LA INVALUABLE EXCUSA PARA ENTENDER LO POPULAR EN COLOMBIA

Una anécdota muy recordada por los círculos borgeanos argentinos relata que en una ocasión Jorge Luis Borges conversaba con uno de sus amigos a quien en ese momento llegó a visitar un cantante uruguayo. Ante la presencia de Borges, el cantante se presentó como “cantor popular”, a lo que Borges replicó: “¿Es así como usted se denomina o como lo llaman los demás?”. Más allá de la motivación de Borges frente al cantante uruguayo, de su conocida posición ante lo que se denominaba como popular, la pregunta que elabora pone en evidencia lo problemático que hay detrás del lugar desde donde se construye, desde donde se enuncia el apelativo de lo popular, ya que tras la intención loable de darle voz a aquellos sectores que han sido excluidos de la posibilidad de formar parte del relato histórico pueden estar ocultas las pautas bajo las cuales se ha delimitado lo popular, la forma como hemos incluido y excluido los elementos centrales de nuestro objeto de análisis. El estudio de los sectores populares no solo implica un

reto por la dificultad elemental de que la mayoría de las fuentes históricas no está escrita por estos sectores, sino también por el hecho de que el estudio de lo popular ha sido atravesado por expectativas teóricas que le han condicionado.

La importancia del fenómeno gaitanista en la historia colombiana

El gaitanismo se presenta como una oportunidad invaluable para estudiar y entender los entramados históricos en torno de lo popular, teniendo en cuenta la gran cantidad de expresiones que se construyeron alrededor de este fenómeno. No solo los sectores que el gaitanismo movilizó, sino también aquellos que reaccionaron ante el temor histórico que se había construido en torno de lo popular. Hay que advertir que el gaitanismo no fue el único causante de este proceso. El inicio del siglo xx trajo consigo algunos cambios que propiciaron la movilización política de los sectores populares. El crecimiento pobla-

cional en las ciudades facilitó que estos sectores tuviesen mayor contacto entre sí y pudieran organizarse con mayor facilidad como actores políticos para reclamar por sus derechos. Adicionalmente, para muchos campesinos y trabajadores agrarios la llegada a la ciudad representó un acto de liberación frente a cierto tipo de estructura de dominación rural heredera de la hacendaria. La ciudad era un espacio de emancipación, donde las jerarquías que ellos conocían quedaban atrás y donde un nuevo horizonte de transformación estaba en proceso de construcción.

Sin embargo, las diferentes reivindicaciones se presentaban relativamente aisladas, eran diferentes grupos políticos, pequeñas y grandes agrupaciones sindicales las que se encargaban de gestionar exigencias muy puntuales al orden establecido. Hay que decir que el propio Gaitán tuvo que enfrentar este proceso de efervescencia política cuando era alcalde de Bogotá. Sin embargo, y gracias a la posibilidad que ofrecen la política y los lenguajes políticos, uno de los principales logros del gaitanismo fue el de agrupar todas estas inconformidades y convertirlas en una reivindicación más generalizada contra el orden establecido, contra la tradición bipartidista y contra un actor que estuvo en el centro del debate político gracias al gaitanismo: la oligarquía. En resumen, Gaitán recogió todos estos descontentos y los enmarcó en una disputa histórica entre el pueblo y la oligarquía.

Bajo esta operación, el gaitanismo alcanzó uno de sus principales logros: construir una comunidad política paralela que le disputó el campo de lo político a los partidos políticos tradicionales (Liberal y Conservador), quienes contaban con

lógicas de pertenencia desarrolladas a lo largo de un siglo. La división política tradicional entre liberales y conservadores no desapareció, pero sí empezó a convivir con otra que amenazaba con ser mucho más poderosa: la división dicotómica entre pueblo y oligarquía. Esta división logró movilizar a amplios sectores de trabajadores industriales y agrarios, comerciantes y pequeños propietarios, y darles un horizonte de expectativas conjunto, al punto que son estos sectores populares los que le terminan exigiendo a las organizaciones obreras que se unan a la lucha que planteaba Gaitán. El punto cumbre de este proceso fue en 1947, cuando Gaitán logró las adhesiones de estas agrupaciones. En ese momento, Gaitán era el inminente presidente de la República. Esta adhesión tuvo como expresión simbólica el Congreso Nacional Sindical en Cali en diciembre de 1947. Pocos meses después Gaitán fue asesinado.

La importancia de este movimiento popular sin precedentes en la historia de Colombia no solo radica en su movilización, en la figura del líder, o en el Bogotazo, sino que, adicionalmente, el gaitanismo como objeto de estudio nos brinda la oportunidad de comprender procesos que se encontraban germinando en las estructuras profundas de las mentalidades populares y que gracias al impacto de este movimiento se hicieron evidentes. La forma como los sectores populares entendían lo político y cómo se relacionaban con el pueblo como actor político y con el Estado. En el gaitanismo hay un estímulo a la participación política de los sectores populares, esta participación estaba estimulada por la idea de formar parte de algo que históricamente se les había nega-

do. Esta participación no solo se presentó por los canales tradicionales escritos, no solo se dio en el aumento del intercambio comunicativo entre los líderes políticos y los sectores populares. También se dio en el aumento de las expresiones políticas, la gestualidad, las manifestaciones. Ya que, aun cuando en este periodo se presentó un aumento en la comunicación escrita de los sectores populares, la calle como espacio de expresión, y la simbología que dentro de ella se estaba desarrollando, fueron fundamentales para la integración de las grandes masas urbanas en el movimiento. Lo que estaba ocurriendo en la calle tenía un impacto más fuerte dentro de las clases trabajadoras que sentían un estímulo en el gaitanismo, ya fuese para integrarlo o para rechazarlo, para temerle.

El gaitanismo dentro de la historia política latinoamericana

Hay que tener en cuenta que el gaitanismo no fue una expresión nacional aislada del contexto continental. El gaitanismo forma parte de una serie de fenómenos políticos que surgieron en América Latina a partir de 1930 y que sirvieron como puente entre la política decimonónica y la política de masas y urbanizada del siglo xx. Estos procesos, que son conocidos como los “primeros populismos latinoamericanos”, impactaron radicalmente en la forma como se venía desarrollando la actividad política y propiciaron la irrupción de una serie de líderes altamente populares que se proclamaron como los representantes auténticos del pueblo. Entre otros, fueron característicos los casos de Lázaro Cárdenas (México), Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú), Getulio Vargas

(Brasil), Juan Domingo Perón (Argentina) y Rómulo Betancourt (Venezuela). Si bien hubo un cambio en las condiciones económicas generales en América Latina que modificó las circunstancias materiales de hacer política, no hubo una línea ideológica que atravesara estos movimientos. Sin embargo, hubo un factor común que podría marcarse como su rasgo principal, la centralidad ocupada por el pueblo como actor político, un pueblo que, en todos los casos, fue un pueblo antioligárquico.

Esto permite intuir que muchas de las respuestas a las preguntas que nos planteamos sobre los procesos populistas latinoamericanos apelan a un sustrato común de los lenguajes políticos en el continente. No en vano, la entrada en escena del “pueblo” como elemento legitimador del sistema político se dio de manera casi simultánea en todos los países latinoamericanos con el nacimiento de las repúblicas a inicios del siglo xix. Este pueblo distaba mucho del pueblo del periodo gaitanista. Se refería a la totalidad de los sujetos políticos, que eran unos pocos sujetos de las élites criollas que comandaron la independencia. Y aunque en este concepto ya estaba contenido un carácter plebeyo (*plebs*) fue en el desarrollo del siglo xix, y en la forma como los sectores populares ingresaron en la política, que en el pueblo se fue imponiendo la connotación de popular. Como vemos, para esto es necesario el ejercicio previo de separar el concepto “pueblo” de la noción “sectores populares”, para entender la tensión que construyeron estos sectores y la élite en torno del pueblo.

Estos políticos populistas fueron muy buenos intérpretes de las estructuras de pensamiento popular de su época, supie-

ron entender qué elementos culturales podrían ser objeto de cuestionamiento y cuáles podrían ser usados para elaborar su horizonte de expectativas. Por ejemplo, Gaitán construyó un discurso en el cual el pueblo era tradicionalmente oprimido por una élite a la que denominó oligarquía. Encontró que el elemento común unificador de los diversos sectores populares era la opresión histórica que un sector privilegiado le había infligido a los pobres, sin embargo, esta movilización no se plantea bajo el lema de “revolución” sino de “restauración moral de la patria”, que apelaba a una idea de retorno que podría ser considerada de corte más conservadora. Asimismo, en los diferentes movimientos populistas latinoamericanos fue muy frecuente el uso de elementos religiosos, los rituales, las marchas de antorchas, así como la construcción retórica de un líder cargado de elementos mesiánicos y de mártir bíblico. En la correspondencia de Gaitán, también es muy común encontrar cartas en las que sus seguidores usan citas bíblicas para comparar las diferentes gestas del líder político.

Futuras líneas de investigación sobre el gaitanismo

Como se ha mencionado muchas veces, el gaitanismo es uno de los fenómenos más estudiados de la historia colombiana. Hemos tenido trabajos de muy diversas variedades y la gran mayoría de ellos de muy buena calidad. Los más destacados le dieron estructura teórica y contenido al estudio del gaitanismo como lo fueron los trabajos de Pecaut, Braun y Alape, sin embargo, la gran mayoría de ellos cuentan ya con un itinerario de aproximadamente 30

años. Uno de los trabajos recientes, el libro de John Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*², recoge una gran cantidad de información valiosa que desconocíamos, pero que se queda atrapado en su presupuesto interpretativo, al haber escogido lo ideológico para entender un fenómeno de la complejidad del gaitanismo. Por otro lado, los trabajos que han ido llenando el mapa del gaitanismo a nivel nacional han sido los trabajos sobre el fenómeno en las diferentes regiones del país, que van mostrando como el gaitanismo fue mucho más complejo de lo que interpretaciones teóricas muy centralistas habían establecido.

En este sentido, contamos con un buen entramado teórico construido en torno de las grandes estructuras socioeconómicas que operaban en el proceso, podemos ver cómo una serie de condiciones materiales les permitieron a los actores concentrarse, difundir sus ideas, generar o resignificar las expresiones políticas. Pero, considero que lo que aún tiene muchas cosas por decirnos es lo político, no solo las expresiones políticas que surgieron durante el periodo, que es algo de lo que tenemos relativo conocimiento, sino del recorrido semántico de los conceptos y de las estructuras del lenguaje donde operaban esas expresiones y que permiten explicar el porqué de las dimensiones del impacto que el gaitanismo tuvo en la sociedad colombiana, tanto en los sectores que movilizó, como en aquellos en los cuales provocaba un profundo rechazo y temor. El gaitanismo fue mucho más de lo que Gaitán pretendía, porque

² Bogotá: Universidad EAFIT/Banco de la República, 2013.

el movimiento actuó dentro de una red histórica estructurada de lenguajes políticos, por eso es clave entender cómo era entendido e interpretado el discurso gaitanista dentro de los sectores populares, y cómo los diferentes grupos lo leían y se relacionaban con él. Considero que en estas tensiones se puede observar cómo los sectores populares y los líderes políticos fueron construyendo el movimiento.

Esto requiere de un ejercicio complejo de entender las estructuras de pensamiento popular como espacios donde se mezclan elementos que requieren seguimientos de corta, larga y mediana duración. Pero también, por la cercanía que tiene el fenómeno con el presente, demanda de una reflexión sobre cómo muchas de esas estructuras aún operan en el presente y cómo nos encontramos en ellas inmersos al momento de entrar a abordar el estudio del fenómeno.

En esta dirección ya se han dado diferentes avances, aunque en la era en la que la producción académica está gobernada por las publicaciones seriadas, carecemos de una obra, un libro, que sienta las bases de estos nuevos horizontes para el estudio del gaitanismo. Sin embargo, destaco los trabajos de Ana Magrini y Cristian Acosta, quienes se han formado en las academias colombiana y argentina, aspecto que les ha permitido recoger las tradiciones del estudio del gaitanismo, así como de la escuela de Essex que encabezó el argentino Ernesto Laclau, figura clave para la reinterpretación de los estudios sobre el populismo y la influencia de la figura de Elías Palti, el principal representante de la historia conceptual e intelectual iberoamericana.

Otros trabajos recientes acerca de los sectores populares que se han hecho sobre otros periodos históricos sirven tam-

bién para plantearse preguntas sobre el desarrollo de la participación popular en la política. Esto obviamente requiere de una perspectiva de larga duración. Si recordamos el planteamiento que hace James Sanders sobre las negociaciones entre élites y grupos populares que implicó la política decimonónica, es posible postular que el gaitanismo pudo representar un momento de transición entre las negociaciones particulares que realizaban los políticos nacionales y regionales con determinados grupos de los sectores populares, frente a la llegada de la nueva política de masas urbanizadas que exigía negociaciones con grupos más grandes y heterogéneos de personas que requerían, a la vez, de mensajes que abarquen una mayor cantidad de intereses.

Por otro lado, el carácter problemático que tienen los lenguajes políticos cuenta también con una dimensión temporal. Con esto quiero decir que los lenguajes políticos son contenedores de diferentes temporalidades históricas. La complejidad con la que cuenta el pensamiento de los sectores populares lo hace portador de temporalidades mucho más complejas, que salen a flote en procesos como el gaitanismo, ante el estímulo en la participación política. Esto abre la puerta a entender los lenguajes políticos populares dentro de temporalidades mucho más amplias y complejas, y que contemplan procesos que se desarrollen en otros escenarios, más allá de los textos escritos.

En conexión con lo anterior, es posible advertir que carecemos de investigaciones orientadas a entender el fenómeno de la espacialización de los lenguajes políticos, que nos permitan pensar la ciudad política gaitanista. Como se ha mencionado,

una de las particularidades importantes que presentaron los fenómenos populistas latinoamericanos fue que contaron con la ciudad como su principal espacio de escenificación política. La vida urbana se convirtió en un espacio apropiado para el surgimiento de las rupturas populistas en virtud de que las necesidades básicas por ser satisfechas y las reivindicaciones se encontraban agrupadas. Las sociedades latinoamericanas de la primera mitad del siglo xx presentaron un proceso de urbanización acelerado que las llevó a encontrarse con nuevas identidades colectivas. En el caso colombiano para la década de 1940, se presentaba paralelamente un proceso violento de “contrarreforma agraria”, una ruptura entre la vida rural y urbana, con una tradición bipartidista que venía del siglo pasado y con una urbanización que no solo era fruto de la industrialización, sino también de la incursión violenta en el campo. Así pues, la vida urbana de los habitantes de ciudades colombianas rebosaba de exigencias dirigidas a un sistema institucional que no las podía resolver. Por ser el lugar donde los sectores populares estaban representando la política, la ciudad se convirtió en escenario de la disputa por el campo hegemónico. Consolidándose como ámbito ideal para expresar descontento y clamar por reivindicaciones, la ciudad se posicionó como el núcleo de la formación del sujeto popular gaitanista. A pesar de provenir de diversos grupos sociales los reclamos se canalizaron a través de un todo social, el pueblo gaitanista. Es decir que en la medida que la política se fue espacializando y los lugares se fueron politizando, las manifestaciones políticas se convirtieron en la integración material de los individuos al sujeto popular.

Como vemos, los fenómenos populistas latinoamericanos, al poner en escena un concepto tan complejo como es ‘el pueblo’, pusieron también en escena las múltiples temporalidades que este albergaba. Sin embargo, el problema de lo temporal no solo se expresa dentro de las rupturas populistas por los contenidos históricos de los lenguajes políticos (esto sería algo así como las condiciones de posibilidad), sino que también por la capacidad que tiene la coyuntura de intervenir en ese contenido semántico. En el populismo se presenta lo que llamaría Koselleck una fase de aceleración conceptual, esta aceleración se da, no solo por una intensificación drástica de la actividad política y del uso intensivo de los diferentes conceptos, de los diferentes lenguajes. En gran medida, esta intensificación se presentó por que los populismos latinoamericanos propiciaron un proceso de espacialización conceptual. Un aspecto que, por cierto, a sido poco estudiado para el caso.

Conexiones entre los procesos que experimentó el país en la década de 1940 y la situación política actual del país

Considero que los hilos de continuidad que permanecen desde el periodo gaitanista serían principalmente los siguientes. Por un lado, hay que tener en cuenta que los procesos de avance republicano fueron mucho más lentos en el campo. En muchas haciendas se mantuvieron elementos del sistema de dominación del antiguo régimen. Por lo tanto, durante las décadas de 1930 y 1940, la ciudad se consolidó como un espacio de reivindicación

y liberación de los pobres, quienes llegando a la ciudad no solo lograban escapar de la violencia en el campo, sino que a su vez lograban llegar a un espacio donde había un ambiente político que propiciaba la articulación de exigencias al Estado y que les permitía construir otra relación con el sistema institucional. Lo que va a suceder con la llegada del fenómeno de la Violencia es que la ciudad se va a ir transformando de un espacio donde había una esperanza de cambio, por estar agrupando y articulando las reivindicaciones de diversos sectores, y por ser un espacio plebeyo donde muchos de los dispositivos jerárquicos se suprimían, a un espacio de olvido, donde se llegaba para salvar la vida y tratar de olvidar lo que representaba el espacio que se dejaba atrás.

Adicionalmente, el asesinato de Gaitán y la intensificación de la violencia política trajeron consigo, por un lado, un descrimamiento de la política como una herramienta para propiciar transformaciones, para generar procesos políticos populares democráticos que tuvieran la posibilidad de llegar al poder y, por otro lado, una disminución de las actividades políticas debido al temor de que esto desencadenara acciones violentas. Estos dos elementos, con naturales oscilaciones, van a ser una constante en la historia política colombiana de la segunda mitad del siglo xx, y se van a

reforzar con el alargado Frente Nacional.

Por último, y como forma de entender el impacto del gaitanismo en el presente, pero dentro de un contexto continental, hay un acontecimiento muy mencionado y poco analizado dentro del cúmulo de acontecimientos que se presentaron el 9 de abril de 1948. Se trata de la frustrada reunión entre el entonces líder estudiantil cubano Fidel Castro y Jorge Eliécer Gaitán, que debía realizarse unas horas después de que este cayera asesinado. Sería muy interesante explorar el impacto que causó en el cubano el haber vivido el 9 de abril en Bogotá, saber si, por ejemplo, haber visto el asesinato de uno de los líderes políticos más reconocidos de América Latina murió asesinado desempeñó un rol en la consolidación de la idea de que la revolución por las vías democráticas no era posible en América Latina. En otras palabras, podría abrirse la pregunta de si los acontecimientos del 9 de abril constituyeron un elemento clave dentro del ideal revolucionario que marcó la historia política de América Latina en la segunda mitad del siglo xx. Y aún en contraste con la idea revolucionaria de Gaitán, quien veía en la política un espacio de transformación paulatina, a largo plazo y democrática.

ESTEBAN MORERA APARICIO

AUTORES

| **Thomas Fischer** (th.fischer@ku.de), Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt (KU), Alemania, doctor y profesor de Historia de América, director del Centro de Estudios de América Latina (ZILAS) de la KU, presidente de la Asociación Alemana de Investigaciones sobre América Latina (ADLAF). Coeditó el libro *Kolumbien heute. Politik - Wirtschaft - Kultur* (2017).

| **Herbert Braun** (tico@virginia.edu), doctor en Historia, es profesor asociado de Historia de América Latina en la University of Virginia y autor del pionero estudio *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia* publicado en 1985 (editado en español como *Mataron a Gaitán*). También trabaja diversos aspectos sobre el conflicto colombiano.

| **Daniel Pécaut** (pecaut@ehess.fr), doctor en Letras y Ciencias Sociales, sociólogo y ex director del Centro de Estudios Sobre Movimientos Sociales; profesor jubilado, es director de estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) y uno de los más destacados expertos en violencia y colombiano. Ha publicado muchos libros sobre el conflicto colombiano, aunque su fama se debe a su pionera monografía *L'Ordre et la Violence: transformations socio-politiques de la Colombie de 1930 à 1953* (1987).

| **Esteban Morera Aparicio** (estebanmorera@gmail.com) es doctorando y docente de la Eberhard Karls Universität Tübingen. Ha centrado sus investigaciones en la relación del movimiento gaitanista con la ciudad, de las cuales se derivan varios artículos y un libro que se encuentra en proceso editorial. En su investigación doctoral está estudiando los lenguajes políticos en el gaitanismo con una perspectiva de larga duración.